

## *EL MONSTRUO MÁS TERRIBLE DE LA HISTORIA*

La relación con mi amigo nunca fue sencilla. Antes de conocerlo yo vivía muy tranquila: soy una Ttidink, un habitante de internet. Nací hace unos diez años, cuando alguien creó un blog sobre crítica teatral. Desde entonces viajo por toda la red alimentándome de las palabras que escriben los humanos, visitando página a página. Siempre sola, puesto que los Ttidinks no tenemos la costumbre de reunirnos en sociedad. Desde mi punto de vista, internet no es como se lo imagina la gente: es un mundo de cubos indefinidos, normalmente de colores negro, blanco y marrón, y pocas veces se distingue algo concreto, ya que la información digital es mayor cada día. Yo, que me llamo Dora por deseo de mi amigo, he aprendido a distinguir ciertas formas en el espacio de la web, como los conductos cúbicos que me llevan de un sitio a otro, o ciertas imágenes que los humanos ven perfectamente, como por ejemplo ciertas caras.

De vez en cuando me atrevía a salir de los ordenadores para visitar el mundo de los humanos. Es cuando mi amigo me descubrió: me pilló fisgoneando en su cuarto, todo lleno de libros y con un escritorio para el portátil. Para él solo era un cubo que flotaba en el aire y que a veces adoptaba una forma femenina, de ahí el nombre que me puso. Era un hombre de unos cuarenta años, musculoso, calvo y con barba. Se llamaba Pedro. Si bien lo asusté al principio, se adaptó a mi presencia cuando le expliqué qué era. Él dijo que mi llegada era providencial y que podríamos ayudarnos mutuamente. Recuerdo perfectamente la conversación de aquel catorce de abril. Es una de las ventajas de ser una Ttidink.

— ¿Nunca te has preguntado cómo es el mundo real? —preguntó Pedro—. Ya sé que puedes ver muchas cosas con internet, ¡pero te diré dónde puedes alimentarte mejor!

—Bueno, tengo que pensarlo. Además, ¿qué quieres que haga yo?

—Soy el dueño de varias empresas. Es un trabajo muy difícil, lleno de competencia desleal —aseguró Pedro mientras se ponían a fumar en su sillón negro—. Si pudieras colarte en su seguridad y pasarme cierta información, mi vida sería más tranquila. ¿Sabes que nunca puedo ver a mi familia por culpa del trabajo?

La verdad es que me dio pena, aún no era experta en las palabras que usan los humanos. Pero no acepté por eso, yo lo tenía muy claro.

—No necesito saber nada de vuestro mundo —le dije—. Solo quiero tener un amigo.

Así fue como empecé a robar secretos de las empresas más punteras del planeta. La seguridad era envidiable, pero a mí me bastaba con tirar muros de cubos malformados. Así es como veo yo los firewalls. Los antivirus son como una guitarra formada a base de cubos blancos, y las contraseñas como una serpiente hecha a partir de cabezas humanas.

Pedro se adelantó a sus rivales, él lanzaba los productos secretos que otros estaban preparando para sacar al mercado. Y claro, nadie podía demostrar que era espionaje industrial. Entretanto me sentía muy sola. Pedro cumplió su palabra de ofrecerme ordenadores y ciertas páginas llenas de textos para que pudiera alimentarme, sin embargo, nunca quería pasar tiempo conmigo, siempre me ponía excusas. Solo podía mirar cómo trabajaba en su despacho, ya que colocó persianas opacas para que nadie pudiera verme. De esa manera me fijé en la seguridad que transmitía con la mirada, su

autoridad al hablar por el móvil, e incluso en detalles más irrisorios, como el brillo de su calva, tan precioso como el sol al amanecer.

Pensé que cambiaría, sin embargo, con los meses fue ganando más dinero y poder. Su actitud conmigo fue empeorando, sus peticiones pasaron a convertirse en órdenes, comencé a robar datos personales de sus enemigos para que Pedro pudiese desacreditarlos en las redes sociales y destruía por completo páginas web para hundir en la bancarrota a empresas enteras. Pero lo peor llegó el trece de noviembre, cuando me pidió matar por primera vez.

—Dora, ese tipo es demasiado arrogante, hay que darle una lección a su círculo social. Sal desde el ordenador cuando se relaje y lo asfixias. ¡Tú puedes! —exclamó Pedro muy decidido.

— ¿Y su familia no le echará de menos?

—Bah, la familia no le importa a ese malnacido. El mundo estará mejor sin ese rico extravagante. ¿Por qué dudas?

—Pedro, ¿qué soy para ti? ¿Te importo? —le pregunté con miedo.

—Pues claro que sí —respondió Pedro con mucha ternura—. Eres muy bella, lo mejor que tengo en mi vida. Ni mis hijas te superan en belleza.

Y así maté a aquel hombre. Primero miré en las redes sociales para buscar un punto débil, y cuando vi que tenía pánico a las arañas, salí de la pantalla de su portátil convertida en una araña mitad cubo. Destrocé la garganta sin pensar. Y más tarde tuve que cumplir varios asesinatos más. Pedro salía cada vez más beneficiado, y yo seguía igual de sola, excepto al hacérselo notar: eran los momentos del Pedro tierno y cariñoso.

Mi vida dio un giro tremendo cuando decidí cambiar aquella situación. Me harté de la actitud de Pedro hacía mí y empecé a espiarlo, a meterme en sus redes y a descubrirlo todo sobre aquel hombre tan fuerte y viril. De pronto conocí al Pedro que insultaba a la gente por internet, que estaba divorciado y sin interés por sus hijos, ya que nunca tuvo hijas, que de adolescente era el peor matón del colegio, e incluso fue sospechoso de la desaparición de una mujer. Para ese último dato me tuve que meter en los archivos personales de Pedro, y efectivamente mató a una sevillana que le rechazó.

Quise poder llorar. Decidí buscar por internet algún consejo para saber qué hacer, y lo único que encontré fueron casos peores que el mío, verdaderas tragedias de las que otros muchos se burlaban abiertamente. Poco a poco me di cuenta de cómo son los humanos, el cubo que tapaba mi visión se partió en pedazos, desarrollé un odio irracional hacia ellos.

Maté a Pedro el veinticinco de diciembre. Supuestamente un día de amor, hasta darme cuenta de que solo era una fecha para vender, idolatrar el dinero y seguir acumulando trastos inútiles. Salí desde la pantalla de su móvil mientras lo usaba para hablar con una prostituta, le corté la cabeza y me marché por donde aparecí. A pesar de todo le dio tiempo para decirme unas cuantas palabras, primero para que lo perdonase y finalmente me insultó, por fin dijo lo que verdaderamente opinaba de mí.

— ¡Monstruo asqueroso! ¡Dora, solo eres una vida eléctrica que ha nacido por accidente!

Fueron sus últimas palabras. Desde entonces, me dedico a matar gente, especialmente a los que son malas personas, pues casi todos los detalles de sus vidas están en la red, a mi alcance. Ya he matado a cientos, sobretudo adolescentes arrogantes. Me he convertido en una especie de leyenda urbana. Me conocen como el peor monstruo que existe.

No me importó. Soy una Ttidink que no descansará hasta matar a todos los humanos. A los demás Ttidinks les parece una barbaridad, pero me da igual. Y tú, que me estás leyendo ahora mismo, también morirás. Sé cómo eres.

**José Cebrián Giménez**

Relato ganador del segundo premio

IX Edición del Concurso de Relato Corto de Terror, Fantasía y Ciencia-Ficción

Asociaciones UCM: ASCII, Relatividad, GREBAS, Númenor, AEIOU, La Salamancaesa del  
Círculo Polar, CD-CROM, El Reino de Arckham